

¿Sabemos realmente Perdonar?
Imitemos a Dios en su perdón hacia nosotros
José Martínez Colín

1) Para saber

Una de las noticias dolorosas que más conmocionaron al mundo en el siglo XX fue el atentado que sufrió el Papa Juan Pablo II el 13 de mayo de 1981, fiesta de la Virgen de Fátima. En aquella ocasión el Papa, como suele hacerlo los miércoles, tenía audiencia general. Había unas 20,000 personas que se agolpaban para verlo pasar y saludarlo en la plaza de San Pedro.

Muchas personas levantaban a los niños para que los bendijera. Una niña rubia que tenía un globo azul tuvo la fortuna de que el Papa sonriente la levantara en alto y la dejara luego en brazos de su padre. De pronto, se oyeron varias detonaciones que rasgaban el aire. Era un turco llamado Alí Agca quien disparaba contra el Papa. Lo hirió en el vientre, en el codo derecho y en el índice de la mano izquierda.

El secretario particular del Papa, Monseñor Estanislao, estaba sentado en el asiento trasero del carro cuando ocurrió el atentado. Comentó después el suceso: «Nada hacía presentir lo que iba a suceder... Nadie creía que una cosa así fuera posible...Le pregunté al Papa: “¿Dónde está herido?” Me respondió: “En el vientre” Todavía le pregunté: “¿Es doloroso?” Y me respondió: “Sí”. El Santo Padre no nos miraba. Con los ojos cerrados sufría mucho y repetía breves plegarias exclamatorias. Si no recuerdo mal, eran sobre todo: “¡María, Madre mía! ¡María, Madre mía!”... Es extraordinario que la bala no destruyese en su trayectoria ningún órgano vital... Pasó a unos milímetros de la aorta. Si la hubiera alcanzado, habría sido la muerte instantánea. No tocó la espina dorsal ni ningún punto vital. Digamos, entre nosotros, milagrosamente» (Tomado de “A vosotros, jóvenes!”, Pedro de la Herrán, p.117).

Pero no termina todo aquí. Después de dos años y siete meses, en la Navidad de 1983, otra noticia conmovió al mundo: el Papa visitaba a su agresor para transmitirle su afecto y su perdón. Las fotografías mostraron una pequeña celda de la cárcel de Rebibbia en Roma. Dos hombres sentados en dos sillas muy juntas que hablaban en voz baja como si se tratase de un encuentro entre viejos

conocidos: Eran Juan Pablo II y Ali Agca, la víctima y el agresor del atentado.

Al final del diálogo el Papa abrazó a su frustrado asesino quien a su vez le besó la mano. Los periodistas le preguntaron al Papa al salir de la celda de qué habían hablado. El Papa respondió: “Lo que hemos dicho es un secreto entre él y yo... Le he hablado como se habla con un hermano al que he perdonado y que goza de mi confianza... La providencia ha llevado las cosas a su manera, diría que de modo excepcional e incluso maravilloso... Creo que el encuentro de hoy, en el marco de la Navidad y del Año Santo de la Redención, ha sido providencial”. En la despedida el Papa puso un rosario de plata en la mano que le había disparado como un símbolo de perdón y de amor.

2) Para pensar

El Papa Juan Pablo II nos refleja en esa actitud de perdón el amor que Dios Padre tiene con todos sus hijos. La Sagrada Escritura nos revela que Dios es Amor. Éste se manifiesta en el perdón que tenemos de Dios por todas nuestras ofensas. Jesucristo nos reveló de modo claro a Dios como un Padre misericordioso y nos invitó a imitarlo: “Sean misericordiosos como es misericordioso su Padre celestial” (Lc 6,36). Cuando los fariseos criticaron a los apóstoles por haber cosechado unas cuantas espigas en día de sábado para quitarse el hambre, Jesús salió en su defensa recordándoles algunas palabras del profeta Oseas: “Si ustedes hubieren comprendido qué cosa significa «misericordia quiero y no sacrificio», no habrían condenado a ninguna persona inocente” (Mt 12,7). Por amor y misericordia del Padre hacia nosotros, los

hombres, nos envió a su Hijo. Agradecemosle a diario, con nuestras palabras y obras, este amor tan grande.

3) Para vivir

Puesto que los seres humanos fuimos creados a imagen y semejanza de Dios, estamos llamados a reflejar a Dios mismo ante los demás. San Pablo nos recuerda que así como el Padre es misericordioso y nos consuela, nosotros también hemos de saber serlo y “poder consolar a los que pasan cualquier tribulación” (Co 1, 4). Es todo un programa de vida practicar a diario el amor misericordioso de Dios.

José Martínez Colín es sacerdote, Ingeniero en Computación por la UNAM y Doctor en Filosofía por la Universidad de Navarra